

LA MADRE NATURALEZA

(Artículo inspirado en un viaje a Canadá)

En nuestro mundo civilizado, la vivencia de la MADRE NATURALEZA casi ha desaparecido. Habitamos en un entorno de cemento y ladrillos. Las ciudades, a lo sumo, tienen algún parque en el que los árboles y plantas viven en un *gueto* que nos hace recordar, si es que tenemos conciencia, de su antigua existencia en libertad en el monte libre junto a otras especies vegetales y animales, que se desarrollaban con sus propias leyes internas que les había infundido El Creador.



Nuestros hijos nacen con luz artificial en un lugar aséptico, rodeados de extraños seres disfrazados con batas blancas o verdes que no hablan, sólo observan, examinan y dan recomendaciones. Crecen entre pantallas de plasma, teléfonos digitales, frigoríficos con alimentos enlatados y aire acondicionado que les crea un clima artificial, pueden tener frío en verano y calor en invierno. La luz del día no les hace falta, tienen tubos de neón que convierten la oscuridad en luminosidad. Son independientes del mundo exterior. En el colegio aprenden lo necesario para subsistir. Adquieren técnicas para poder desenvolverse en su medio natural, que es artificial.



El maestro, en algunas ocasiones, les organiza una actividad extra, algo excepcional, que consiste en visitar una parcela de LA MADRE NATURALEZA en la que hay una granja para que contemplen los animales y la vida rural que no hay en la ciudad que habitan, han llegado ñAl *planeta de los simios*.

La sorpresa de los colegiales es grande cuando se les explica que la leche del frigorífico no la producen las fábricas, el pan no nace en el supermercado y las hamburguesas no tienen su origen en el McDonald's.

En el mundo actual, todos somos huérfanos de la *pacha mama* que murió en nuestras manos, de la que extrajimos todas sus riquezas. Llegamos hasta sus entrañas y las extirpamos. Talamos sus bosques, desviamos sus ríos, secamos sus paisajes verdes, expulsamos a sus animales y a los primitivos indígenas que la poblaron. Nos hemos convertido en el gran depredador que mata, no para comer y vivir, si no para destrozar y arrasar, contaminar y desertificar.

Los indígenas, primeros pobladores, tenían un gran respeto por la tierra que les daba para vivir pero fueron sorprendidos y conquistados por otras civilizaciones, supuestamente más avanzadas, que les despojaron de todo lo que había sido su hábitat natural. La locura se instaló en el mundo.

Ahora los indios que quedan, como un favor especial de los invasores, viven en reservas que no deberían morir nunca, para que sean testimonio vivo y patente de la barbarie humana actual.



El movimiento ecologista es un tenue intento de concienciar al hombre moderno de que no vale todo para mantener la economía que ha creado en el planeta, y recordarle que está cavando su propia fosa en aras de un progreso mal entendido, y que no tiene derecho a dejar una herencia envenenada a sus descendientes. El bienestar de toda la humanidad es necesario pero tiene un límite, el respeto a la MADRE NATURALEZA. Este es el reto, volver al regazo materno que nos ha regalado todo lo que tenemos y que nunca debimos abandonar.

Estas reflexiones surgen del cariño con el que nuestro guía en Canadá, el Sr. Giovanni, un colombiano-canadiense, se dirigía para informarnos del clima que tendríamos en las sucesivas jornadas que nos acompañó. LA MADRE NATURALEZA era la que dictaba como se iba a comportar y nosotros como nos teníamos que acomodar a ella.

Québec, en ruta, 8 de Junio 2.013

Andrés Baquero.
-Algeciras-





Dedicatoria: Para el señor Sr. Giovanni, con todo el afecto por su amabilidad, su paciencia y sus enseñanzas al grupo con el que compartió diez días de su vida y como muestra de mi agradecimiento.